EL GATO

Águeda Pallares

Image not found.

Capítulo 1

Siempre he tenido miedo a los gatos, un miedo irracional que no he podido vencer. Recuerdo la primera vez que me desperté en la mitad de la noche al escuchar los alaridos que lanzaba alguien a quien trataban de asesinar. Me incorporé en la cama, la luz de un farol se filtró a través de las cortinas de la ventana, me levanté y asomé mi cabeza por un pliegue de los visillos. Me quedé fascinada al ver la luna llena, redonda como una inmensa esfera elevándose sobre la ciudad y los montes. El movimiento de pisadas continuaba sobre la azotea y los alaridos se volvían cada vez másintensos; era tal el alboroto que tomé el teléfono y marqué el número de la policía. Nadie contestó; el reloj marcaba las dos de la mañana y cuando colgué el auricular ya no escuché nada.

V olví a poner mi frente sobre los vidrios de la ventana y vi que un gato grande se paseaba por el tejado. Me quedé observándolo, embelesada por la elegancia con que caminaba y la velocidad de sus movimientos cuando pasaba de un alero a otro. Parecía un espadachín. La luz de la luna sobre su pelaje le daba una apariencia seductora y peligrosa y en un instante, desapareció. Regresé al lecho y me dormí, entre maullidos y puñales asesinos.

La mañana siguiente amanecí un poco cansada por la mala noche. Desayuné, me vestí, y al salir hacia mi trabajo, me pareció ver en la esquina a un gato que me examinaba con aire altanero; no medetuve a mirarlo, me dirigí hacia mi auto, abrí la puerta y entré. Manejé un poco nerviosa, esperaba no volver a verlo.

Durante el día no tuve tiempo de pensar en gatos, pues estuve ocupada con mis alumnos en el Colegio donde trabajaba, y durante la hora libre me las pasé en el club de profesores tomando café yfumando. Ahí, en medio de una conversación, me enteré que la trifulca sobre el tejado de la noche anterior no era más que gatos apareándose, y me quedé tranquila. Sólo al final de mi última clase sentí un leve escalofrío al pensar que tenía que regresar a mi casa solitaria para enfrentarme nuevamente al callejón sin salida donde estaba mi vivienda.

Aparqué mi auto en la acera y me bajé para abrir la puerta de entrada; entonces sentí algo peludo que se cruzó entre mis piernas. Con espanto vi que era el gato de la mañana. Me alarmé al comprobar que me había esperado hasta el mediodía y que por ende conocía mis horarios. Abrí la puerta y sin que pudiera evitar, el gato entró y se paseó por el salón. Me puse a temblar y no se me ocurrió mejor idea que darle un poco de leche en mi plato del cereal. Fue el peor error que cometí.

Esa noche me encerré en mi habitación, pero cuando quise ir a la cocina por un té, el gato se escurrió por la abertura de la puerta y se frotó contra

mi pijama. Pensé que se trataba de una pesadilla y tomé la resolución de echarlo apenas amaneciera. El gato se lanzó sobre mi cama y se acicaló las patas con su lengua. No quise demostrar mi miedo y me dirigí hacia la cocina para preparar mi aromática. Cuando regresé encontré al gato estirado, ocupando todo el espacio del lecho. Me armé de valor y le espanté con la mano para que se moviera, pero él reaccionó sacando las uñas y alargando las patas hacia mí. Estaba tan exasperada que tomé la colcha con las dos manosy la sacudí hasta que el gato cayó al suelo, entonces lo aporreé con el cobertor y logré sacarlo del dormitorio. Cerré la puerta y no volví a salir en toda la noche. Me tomé dos pastillas para dormir, mi cuerpo se relajó y me olvidé de todo.

Cuando desperté, salté al baño y tomé una ducha larga y caliente, me vestí y salí a desayunar, pero al momento de entrar en la cocina sentí que algo suave y velludo se lanzó a mis pies y me mordió los zapatos. Exhalé un grito de espanto cuando vi al gato que se escondía por las esquinas y tras los uebles para luego saltar y mordisquear mis zapatos. Para que no proteste más le coloqué nuevamente leche en mi plato. Decidí que desde entonces ese sería el cuenco del animal que vivía conmigo.

Sólo estaba tranquila cuando estaba en mi trabajo y cada vez que podía me quedaba horas extras para completar algún informe o preparar las clases del día siguiente, luego telefoneaba a alguna amiga para ir al cine y así llegar más tarde a casa. Pero una noche, al regresar del cine encontré todorevuelto y al gato que se lanzaba contra las paredes y parecía atrapar algo invisible entre sus patas.

Me puse furiosa y le grité, pero él no se mosqueó, corrió a la cocina y tapó con su pata el cuenco vacío... ¡Estaba protestando por la comida! No le había dado más que leche y cuando abrí la refrigeradora encontré unos restos de pescado que le puse en el plato. El comió con elegancia; por un instante me cayó en gracia.

Los sábados iba al súper para hacer la compra a la que había añadido comida para gatos, enlatada y empacada en bellos cartones de colores, luego corría a casa y le decía al gato:

—Hola mishicu, te traje salmón y trucha.

El gato engordó y se volvió fuerte; jugaba con ratones muertos que había cazado y solía pasar largashoras sentado en la ventana observando a los pajaritos del árbol de capulí mientras hacía sonidos con los dientes y movía la cola en actitud de predador al acecho. En esos momentos yo lo adoraba yle acariciaba el lomo. Pero la mayoría de las veces lo odiaba, especialmente cuando marcaba su territorio con orines y mi casa olía a jaula de leones, o cuando sacaba la arena del arenero y se comía las hierbas medicinales que yo cultivaba. Lo que más me molestaba eran las noches de amor y orgía sobre el tejado de mi casa; aquellos maullidos y

alaridos que exhalaban como lanzas venenosas bajo la luna llena, me llenaban de aprehensión y le deseaba la muerte. Parecía un marido disoluto que llegaba borracho a la madrugada, lleno de cicatrices y mordeduras por los celos infernales de otros machos que reinaban en las calles nocturnas. Un día tuve que llevarlo al veterinario porque llegó con la cola rota y el ojo cerrado. Me costó una fortuna que le cortaran el rabo y le cosieran el párpado. Pasó una semana ronroneando en mi cama, yo a duras penas podía ir a la cocina por un café porque el gato se ponía histérico.

Los días en que el gato se alejaba eran los mejores para mí; invitaba a mis amigos, daba almuerzos y bebía vino caliente al calor de la chimenea. Entonces, deseaba con el alma que al gato le pasara algo muy grave, que lo aplastara un auto o se perdiera en algún sitio de la ciudad. Pero aquellos momentos de felicidad duraban poco y el gato regresaba más hosco que antes porque comprobaba que en su ausencia habían sucedido cosas que a él no le gustaban. Se desquitaba afilándose las uñas en mis sillones de pluma y rasguñándome con saña las manos y el borde de mis zapatos. Entonces, yo limpiaba hasta avanzada la noche y cuando me metía en el lecho, el gato ya estaba sobre el cubrecama esperando mis mimos y caricias, listo a lamerme con su lengua áspera y agresiva. Yo medormía con el gato junto a mí y cuando despertaba, ya no estaba. Nunca supe a dónde iba.

Una mañana, en que fui a la puerta para recoger el periódico, lo encontré junto a una gata zalamera que lo acicalaba con cariño, a veces pienso que hasta me molesté con él. El gato, al verse sorprendido con su amante, la echó de un manotazo. Ese día me pasé pensando en que el gato tenía secretos; amores ocultos, amistades solapadas. El gato tenía una vida que yo desconocía, una vida ntástica llena de eventos y devaneos mientras yo llevaba una vida gris esperándolo en las noches con el corazón angustiado.

Pero cuando el gato me sorprendió y logró que mi mundo se tambaleara fue el día en que al abrir la puerta lo encontré en el descansillo con un gatito entre su hocico y otros tres protegidos bajo su panza. Me habló con la mirada, me estaba confiando los hijos de su amante para que yo los cuidara de la forma en que cuidaba de él. Estaba seguro de que yo no lo iba a defraudar y que me iba a consagrar a estos hijos y a los que trajera en el futuro. Yo comprendí que tenía que poner un alto a lasituación o me conformaba con pasar el resto de mi vida cuidando gatos. Entonces, llamé a una oficina que se hacía cargo de animales perdidos y les conté mi problema. Pedí que se llevaran al gato y su prole ese mismo día, que se los llevaran a otra ciudad, para que no pudiese regresar jamás.

Cuando estuve libre del gato me fui de fiesta con mis amigos; nos subimos en una chiva sin ventanas y pintada de mil colores, que recorría el sector rosa de la ciudad con música tropical mientras bebíamos

aguardiente colombiano. Me fui de vacaciones a la playa; tomé largos baños de mar y me dormí sobre la arena mientras la brisa me refrescaba. Emprendí el retorno a la ciudad en un día luminoso, cuando llegamos a la Sierra, los nevados estaban coloreados por la luz del atardecer. Pronto llegué a mi casa y me despedí de mis amigos. Les dije adiós con la mano y vi como se alejaban.

El momento en que me dirigí hacia la puerta para abrirla, lo vi al fondo del callejón. De pronto todo se me nubló, pero lo pude ver, era un guiñapo y tenía el resentimiento en la mirada. Quise ponerme de rodillas y pedirle perdón, pero él lanzando el más triste de los maullidos se alejó con paso vacilante. Tenía las patas heridas y había perdido unas uñas. Yo lo llamé, pero no me regresó a mirar. Desde ese día tengo un peso en el alma que nada puede curar, porque lo traicioné, le hice pensar que lo quería, le curé las heridas, lo alimenté y le di cariño, sólo por deber. Nunca lo amé.